

La Novela
ESPAÑOLA

N.^o
9



Quevedo

ARGÜELLO

35
F.P.

La Vida a Buscon

La Novela ESPAÑOLA

PUBLICACION QUINCENAL

DIRECTOR :

A. FERNANDEZ ESCOBES

COLABORADORES :

Los Autores clásicos, los grandes Maestros de la novela corta y los siguientes contemporáneos :

Mario AGUILAR

Víctor ALBA

Domènec de BELLMUNT

Juan B. BERGUA

Alfonso CAMIN

Luis CAPDEVILA

Alejandro CASONA

Mercedes COMAPOSADA

F. CONTRERAS PAZO

Ezequiel ENDERIZ

Antonio ESPINA

Angel FERRAN

J. GARCIA PRADAS

Ramon J. SENDER

Roberto MADRID

Dr. Félix MARTI IBAÑEZ

Alvaro de ORRIOLS

José María PUYOL

Mateo SANTOS

Arturo SERRANO PLAJA

Eduardo ZAMACOIS

DIBUJANTE :

Antonio ARGÜELLO

PROXIMO NUMERO :

**Libro segundo y final
de la novela picaresca de**



FRANCISCO DE QUEVEDO

**LA VIDA
DEL BUSCON**

Suscripciones, correspondencia y giros (C. C. P. 1254-71) al Administrador :
LA NOVELA ESPAÑOLA : 17, Rue Dieu, TOULOUSE (Hte-Gne)

La Novela
ESPAÑOLA

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

**HISTORIA
DE LA VIDA DEL BUSCON**

llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños (*)

NOVELA PICARESCA

(LIBRO PRIMERO)

Prólogo de ANTONIO ESPINA

(*) *Tacaño* : El bellaco que es astuto y enganador. Covarrubias. « Tesoro de la lengua castellana (1611).



LA NOVELA ESPAÑOLA
17, RUE DIEU - TOULOUSE

N.º 9

EXTRAORDINARIO



A N T O N I O E S P I N A

UN GRAN MOMENTO DE QUEVEDO

PARA QUEVEDO, hombre de acción y de pensamiento, las Letras fueron todavía más que una vocación, una necesidad. Pluma en ristre sintetizaba todas las actividades a que pudiera haberse dedicado. Con la literatura hizo política, religión, milicia, diplomacia, filosofía y amor. Con la literatura tegió su vida entera que, como para Shakespeare, era cendal de puro sueño.

Lo único que no hizo jamás QUEVEDO con la literatura fué *literatura*: literatura en el sentido peyorativo que con razón se da a esta palabra cuando el arte literario no es versión de vida auténtica, en emoción e ideas, acciones y figuras, sino texto banal.

Porque toda la obra literaria de QUEVEDO es cualquier cosa — aunque gran cosa siempre — menos palabrería. Todo menos formulismo, énfasis o composición tópica y despersonalizada.

En la personalidad literaria de QUEVEDO coexisten el poeta lírico y el poeta o prosista satírico. Sin embargo, el escritor satírico queda en él, casi siempre, por encima del lírico.

La reacción de su vigorosa originalidad es tanto más de notar cuanto que corrían en literatura los tiempos de las novelas y los poemas pastoriles. Todo eran Arcadias, pastorcillos y paisajes bucólicos. Clovis, Amintas, Florindas, Tirsis y Medoros se repartían en la mente de los poetas los últimos legados de la herencia de Jorge de Montemayor y Garcilaso de la Vega.

QUEVEDO, elevándose sobre la retórica al uso, encuentra acento propio, a veces maravilloso, en un género que sentía en grado menor al de la

sátira realista. Un rosal, un ruiseñor, las estrellas, una mariposa son los breves temas que excitan de pronto las más finas ramificaciones de sus nervios de imaginista, de sensitivo. He aquí la especie de arpegios que dedica, en forma de décima, a un ruiseñor :

*Flor con voz, volante flor,
Silbo alado, voz pintada,
Lira de pluma animada
Y ramillete cantor.
Di, átomo volador,
Florido acento de pluma,
Bella organizada suma
De lo hermoso y lo suave,
¿Cómo cabe en sola un ave
Cuanto el contrapunto suma ?*

¡ Voz pintada ! ¡ Florido acento de pluma ! ¡ Ramillete cantor ! ¡ Lira de pluma animada ! Sí. Podemos afirmarlo sin la menor duda : ningún poeta podría superar la finura de la imagen, ni la elegancia en la expresión verbal de este leve y precioso poema.

El poeta es aquí, sencillamente, un ruiseñor cantando a otro ruiseñor. En otros poemas de la misma tendencia QUEVEDO presenta iguales características. La metáfora es su fuerte. De las estrellas dice que *letras de luz, misterios encendidos* y, también, *llamas que hablan con doctos movimientos cuyos trémulos rayos son acentos, o, flores lucientes del jardín del cielo.* Habla del sueño, *hermanillo de la muerte, y muda imagen de la muerte*. En otra parte recomienda a un rosal que no presuma con sus clavellinas *pues serán mañana espinas las que ahora rosas son*.

La abundancia imaginista en los versos de QUEVEDO llega a estorbar e impedir que luzca lo más valioso de cada poema con el debido aislamiento.

Pero junto a la riqueza lírica, en el ánimo de ella se encuentra el más grave de los defectos de QUEVEDO como literato y como artista : la falta de emoción. No hay en él emoción humana. Ni patetismo sentimental, ni alegría. Porque tampoco existe alegría en la obra humorística de QUEVEDO, a pesar de sus chanzas y sarcasmos.

QUEVEDO es un poeta cerebral, de imaginación brillante, que domina como escritor todos los resortes y palancas del idioma, pero carece de emoción : es un poeta frío.

Verdad es que la emoción no es un elemento preciso en la poesía imaginista, ni en la novela satírica. QUEVEDO nos ofrece a cambio de esas virtudes cordiales — o de los matices de la ternura — una gran fantasía, ingenio sin par, tonos violentos y sombríos en el humor, saña, mordacidad, hondo sentido crítico — aunque por regla general deformante y

caricaturesco — de la vida real. De aquí que don FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS se mueva con mayor soltura, a placer, en el campo de la sátira que en ningún otro.

Esto no quiere decir que nuestro inmenso clásico no pruebe en la copiosa variedad de su producción una maestría indiscutible en zonas alejadas del humorismo y de la pura poesía. QUEVEDO, polígrafo y uno de los hombres de mayor cultura de su siglo, fué excepcional como filósofo, moralista, ensayista político, historiador y teólogo. Es un escritor que produce con asombrosa fecundidad y salta de un género a otro con acrobacia circense. Maneja la prosa y el verso.

El inaugura en el verso español toda una pirotecnia de surtidores de luz, lluvia de chispas como en fuegos de artificio: jácaras, letrillas, romances, sonetos, elegías, invectivas y epigramas brillan en la noche negra de su pesimismo — la noche quevedesca es tan lóbrega y tan pesimista como la noche goyesca — a manera de cohetes y bengalas.

En la prosa es tan promiscual y multiforme como en el verso. Pero en ella, además, se manifiestan los valores fundamentales de su personalidad. Es en la prosa narrativa donde le vemos verdaderamente dueño de la invención y del carácter. En esto QUEVEDO es el más español de todos los escritores. No se detiene ante nada con tal de lograr el efecto buscado.

Conoce muy bien (todos los grandes escritores del Siglo de Oro tuvieron una magnífica audacia que después se perdió) el valor expresivo, insuperable, que tiene en literatura el léxico bronco. Sobre todo en nuestro idioma.

No sólo en su obra cenital de creador literario, la serie que tituló así: « Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los estados del mundo » o « Los Sueños » como se llama a este ciclo vulgarmente, sino también en obras como « El siglo del cuerno », « Gracias y desgracias del... » y el regocijante epistolario de « El caballero de la Tenaza », revela QUEVEDO cuál es el género literario que prefiere su numen y en el que mejor mueve la mano el estoque de su pluma.

En este orden de producciones se halla la que sigue en importancia a « Los Sueños », si bien limitada al marco del realismo costumbrista. Nos referimos a la famosa novela picaresca « VIDA DEL BUSCON LLAMABA DON PABLOS », libro que en diversos trozos y pasajes es superior a todos los de su género, incluidos los modelos del mismo: « El lazarrillo de Tormes » y « Marcos de Obregón ».

Independientemente de la pintura de tipos y de todo el movimiento y la vida que presenta la historia del Buscón, hay en esta novela un verdadero muestrario del estilo léxicográfico del escritor. Y de los sorprendentes efectos de su visión *directa*, aunque casi siempre alterada en escorzos y barroquismos. En la paleta de QUEVEDO hay el color roña, el color homicidio, el color esquizofrénico, como lo hay en Ribera y el

Greco; y a ellos junta el color festivo y el color burdel que más tarde tendrán también Goya y Solana.

« LA VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS » refleja, en una de sus mejores obras, el genio del escritor y señala un gran momento de la Literatura Española.



FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS nació en Madrid un día del año de 1580 que no se ha podido aún fijar documentalmente, sabiéndose que fué bautizado el 26 de septiembre del mismo año, en la parroquia de San Ginés. Estudió Humanidades, lenguas vivas y filosofía en la universidad de Alcalá y Teología en Valladolid. Instalada definitivamente la Corte en Madrid, en 1606, QUEVEDO es vecino de la Villa del Oso hasta 1611. En 1613, marcha a Italia, como Consejero del duque de Osuna. Al mismo tiempo que escribe « Política de Dios » hace la política de los hombres y en 1618, fracasada la famosa conjuración de Venecia (que el ilustre crítico Antonio Espina nos contará un día en las páginas de LA NOVELA ESPAÑOLA), tiene que huir de esta ciudad. Caído el duque de Lerma, destierran a Quevedo en 1620 a la Torre de Juan Abad (Ciudad-Real). A la muerte de Felipe III, el poder en manos del conde duque de Olivares, QUEVEDO vuelve a la corte y es nombrado en 1632 secretario del rey. Sus obras le han hecho ya famoso. « La vida del Buscón », escrita en su juventud (hacia 1606) y que circulaba en copias manuscritas, se imprime por primera vez en Zaragoza en 1626; en 1627, « Los Sueños »; en 1632, « Marco Bruto ». Casado en 1634 con doña Esperanza de Aragón, el matrimonio no congenia y se separa en 1636. En 1639, el Conde-Duque le hace detener y encerrar secretamente en la cárcel de San Marcos, de León, no recobrando la libertad hasta 1643, a la caída del conde-duque de Olivares. En 1645, enfermo y cansado, se retira a la Torre de Juan Abad, y al año siguiente muere en Villanueva de los Infantes. Los españoles, que apenas si le han leído y que tienen una idea fantástica de sus obras y de sus hechos, han convertido a QUEVEDO en un personaje más que popular, legendario. — A. F. E.

A L L E C T O R

QUE deseoso te considero, lector o oidor — que los ciegos no pueden leer — de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona.

Aquí hallarás, en todo género de picardía — de que pienso que los más gustan —, sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio, para vivir a la droga (1) : y no poco fruto podrás sacar de él si tienes atención al escarmiento. Y, cuando no lo hagas, aprovéchate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres; dale aplauso, que bien lo merece; y cuando te rías de sus chistes, alaba el ingenio de quien sabe conocer que tiene más deleite

saber vidas de pícaros, descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación.

Su autor, ya le sabes; el precio del libro, no lo ignoras, pues ya le tienes en tu casa, si no es que en la del librero le hojeas; cosa pesada para él, y que se había de quitar con mucho rigor, que hay gorriones de libros como de almuerzos, y hombre que saca cuento leyendo a pedazos y en diversas veces, y luego le zurce; y es gran lástima que tal se haga, porque éste murmura sin costarle dineros, poltronería bastarda y miseria no hal'ada del Caballero de la Tenaza (2). Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia (3), pedigüeña y carirredonda (4).

EL AUTOR.

(1) *Vivir a la droga.* Vivir vida llena de mentiras.

(2) *El Caballero de la Tenaza.* Alusión al poco avisado para que guarde su bolsa de asechanzas.

(3) *Mujer rubia.* El pelo rubio era de mal agüero.

(4) *Carirredonda* : Tonta.

A D V E R T E N C I A :

Para hacer esta edición, hemos seguido el texto de la original de 1626, variando la ortografía y la forma anticuada de ciertas palabras, cuando lo hemos juzgado oportuno, con el fin de poner este libro al alcance del público en general.

LA NOVELA ESPAÑOLA

LA VIDA DEL BUSCON

CAPITULO I

En que cuenta quién es y de dónde.



NO, señor, soy de Segovia; mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo — Dios le tenga en el cielo —. Fué, tal como todos dicen, de oficio barbero; aunque eran

tan altos sus pensamientos, que se corría le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lépido Ziuraconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados,

esforzaba que descendía de los del triunvirato romano (6). Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió, todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos por sacar el as de oros (7). Probósele que, a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba, muy á su salvo, los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba a todos las voluntades.

Por estas y otras niñerías estuvo

(6) Ser cristiano viejo justificaba pretensiones de nobleza.

(7) Metía el dos de bastos por sacar el as de oros. Metía los dedos para sacar una moneda.

preso; aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron docientos cardenales, sino que a ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre, a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy de ella.

Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabrón (8), lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público (9). Hubo fama de que reedificaba doncellas; rescitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista (10) de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcahueta y flux (11) para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para más atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía su aposento, — donde sola ella entraba y algunas veces yo, que como era chico podía —, todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para memorias de la muerte, y otros, por vituperarla, que para voluntades de

la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado (12), y decíame a mí: « ¿ Qué piensas? con el recuerdo de esto aconsejo a los que bien quiero que, para que se libren de ellas (13), vivan con la barba sobre el hombro (14), de suerte que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. »

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni a uno ni a otro. Decíame mi padre: « Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal »; y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía de manos (15). « Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿ Porqué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan (16), aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo, no lo puedo decir sin lágrimas », — lloraba como un niño el buen viejo acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas —; « porque no querrían que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba

(8) *Cabrón*: « Es símbolo de demonio. » Covarrubias.

(9) *Con que lo hiciese en público*. A fin de que hechizase a la gente en público.

(10) *Algebrista*. Cirujano.

(11) *Flux*. Término de juego.

(12) « Las hechiceras dicen que para la bien querencia se aprovechan de estas sogas. »

(13) *De ellas*: De las sogas.

(14) *Traer la barba sobre el hombro*. Vivir recatado y con recelo.

(15) *De manos*. Juntando las manos.

(16) *Colgar*: Juego de palabras, entre « ahorcar » y « colgar » a uno una alhaja el día de su santo.

por las iglesias (17) : y no cierto de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llevado en el asno (18) si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé (19) sino cuando lo manda la santa madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido. » « ¿ Cómo me habéis sustentado », dijo ella con gran cólera, que le pesaba que yo no me aplicase a bruja —; « yo he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿ era por vuestro ánimo o por las bebidas que os daba ? Gracias a mis botes (20); Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea, y os saqué

por el tejado. » Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos que tenía. Metidos en paz, yo les dije que quería aprender virtud resueltamente, e ir con mis buenos pensamientos adelante, y así, que me pusiesen a la escuela; pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fué a rapar a uno — así lo dijo él —, no sé si la barba o la bolsa; yo me quedé solo, dando gracias a Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPITULO II

De cómo fuí a la escuela, y lo que en ella me sucedió.

A OTRO día ya estaba comprada cartilla y hablado 'al maestro. Fuí, señor, a la escuela; recibíome muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto,

por no desmentirle, di muy bien la lección aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí; ganaba la palmatoria (21) las más días por venir antes, e íbame el postrero por hacer algunos recaudos de « se-

(17) *Andaba por las iglesias* : Las iglesias ofrecían asilo a los delincuentes.

(18) *En un asno* eran azotados los condenados que no habían podido callar en el potro del tormento.

(19) *Nunca confesé* en el tormento.

(20) *Los botes* que contenían los hechizos.

(21) *Palmatoria*. Palmeta del maestro, para aplicar los castigos.

ñora », que así llamábamos a la mujer del maestro. Teníalos a todos, con semejantes caricias, obligados. Favoreciéronme demasiado, y con esto creció la envidia entre los demás niños.

Llegábame de todos a los hijos de caballeros, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Ibame a su casa los días de fiesta, y acompañábale cada día. Los otros, o que porque no les hablaba, o que porque les parecía demasiado punto (22) el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros me llamaban don Ventosa; cuál decía, por dculpar la envidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado (23) dos hermanitas pequeñas, de noche; otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa par que la limpiase de ratones, por llamarle gato (24); otros me decían *sape* cuando pasaba, y otros, *miz*; cuál decía: « Yo le tiré dos berengenas a su madre cuando fué obispa (25). » Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos (26), nunca me faltaron, gloria a Dios; y aunque yo me corría (27), disimulábalo.

Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como lo dijo tan claro — que aún si lo dijera turbio no me

pesara —, agarré una piedra, y descalabréle. Fuíme a mi madre corriendo, que (28) me escondiese, y contéla el caso todo. A lo cual me dijo: « Muy bien hiciste, bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo: « Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella, y dije: « ¡ Ah madre!, pésame sólo de que algunos de los que allí se hallaron me dijeron no tenía que ofenderme por ello, y no les pregunté si era por la poca edad del que lo había dicho. » Roguéle que me declarase si pudiera haberle desmentido con verdad, o que me dijese si me había concebido a escote entre muchos, o si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: « ¡ Ah, noramaza! (29) ¿ Eso sabes decir? No serás bobo, gracias tienes; muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir. » Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días, y salirme de casa mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvíome a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira; hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba

(22) *Punto*: Orgullo.

(23) *Le habia chupado*. la sangre.

(24) *Gato*: Ladrón.

(25) *Obispa*: Condenado por la Inquisición.

(26) *Roer los zancajos*. Murmurar.

(27) *Me corría*. Me avergonzaba.

(28) *Que*: Para que.

(29) *Noramaza*. Noramala.

el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos; dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer, cenar y aun dormir los más días. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre — el cual tenía fama de confeso (30) — que el don Dieguito me dijo: « Hola, llámale Poncio Pilato, y he (31) a correr. » Yo, por darle gusto a mi amigo, llaméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dió a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y defendióme el maestro, asegurando (32) que no me matase, asegurándole de castigarme. Y así luego, aunque la señora le rogó por mí, movida de lo que la servía, no aprovechó: mandóme desatacar (33), y azotándome, decía tras cada azote: « ¿ Diréis más Poncio Pilato? » Yo respondía: « No, señor »; y respondiólo

dos veces a otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo — advierta v. m. la inocente malicia — al tiempo de decir: « Padeció so el poder de Poncio Pilato », acordándome que no había de decir más Pilato, dije: « Padeció so el poder de Poncio de Aguirre. » Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y me dió una firma (34) en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fuí yo muy contento.

Llegó — por no enfadar (35) — el tiempo de las Carnestolendas, y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos (36). Echamos suerte entre doce señalados por él, y cúpome a mí. Avisé a mis padres que me buscasen galas. Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio; el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo, aunque overo (37). Echábasele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo en el ganarle la ración. Yendo, pues, en él dando vuelcos a un lado y otro, como fariseo en

(30) *Confeso*: O judío convertido.

(31) « Echa a correr. »

(32) *Asegurando*: Asegurar la persona.

(33) *Desatacar*: Desatar los pantalones.

(34) *Firma*: Un papel con su firma.

(35) *Por no enfadar*: Abrevia el relato, para no enfadar al que escucha.

(36) *Rey de gallos*: Divertimiento de Carnestolendas.

(37) *Overo*. Semejante a un huevo.

paso, y los demás niños todos aderezados tras mí, pasamos por la plaza — aun de acordarme tengo miedo — y llegando cerca de las mesas de las verdureras — Dios nos libre — agarró mi caballo un repollo a una, y ni fué visto ni oído cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera, que siempre son desvergonzadas, empezó a dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros; y alzando zahanorias garrofales (38), nabos frisonos, berengenas y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal (39), y que no se había de hacer a caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo a empinarse, cayó conmigo — hablando con perdón — en una privada (40); púsome cual v. m. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras, y daban tras las verdureras, y descalabraron dos. Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió a berceras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, — porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala, y otros, espadas pequeñas. Llegó a mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídotas en una casa a secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas; al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas, contra

las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar a v. m. que cuando me empezaron a tirar las berengenas, nabos, etc., que como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre (41), y que la tiraban, como habían hecho otras veces. Y así, como necio y muchacho, empecé a decir: « Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre »; como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme, tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos, y viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuíme a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado y a sus padres resueltos por ello de no le enviar más a la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas y se quedó en el lodo bien cerca de acabar. Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo

(38) *Garrofal* : Garrafal.

(39) Juego de palabras entre *nabal* (de « nabo ») y naval.

(40) *Privada* : Letrina.

(41) Más arriba dijo cómo emplumaron a su madre.

escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determiné de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego; o por decir mejor, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester ir más

a la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal (42), y así, desde luego renunciaba la escuela por no darles gasto y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

CAPITULO III

De cómo fuí a un pupilaje por criado de Don Diego Coronel.

DETERMINO, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo (43) sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni

gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia (44), porque se le había comido de unas búas (45) de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gazzate, largo como aves-

(42) Sátira de la mala letra de los caballeros.

(43) Usado en el doble sentido de « largo » y « liberal ».

(44) Nariz aplastada (roma) y desfigurada.

(45) *Búa* : Buba.

truz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas; su andar, muy despacio; si se descomponía algo, se sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro (46); la habla, ética; la barba, grande, por nunca se la cortar por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho, de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado, con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros, decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul; llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo (47). ¿Pues su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones, de miedo que no le royese algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.

A poder, pues, de éste vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento, y nos hizo una plática corta, que, por no gastar tiempo, no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá; comían los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín; sustentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo; el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo: « ¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. » Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón (48). Sentóse el licenciado Cabra, y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo (49). Decía Cabra a cada sorbo: « Cierto que no hay tal

(46) *Tablillas de San Lázaro*. Instrumento de tres tablillas de madera, para hacer ruido pidiendo limosna.

(47) *Filisteo*: Grande.

(48) *Diaquilón*: Emplasto para ablandar tumores. *Afeitar*: Usar afeites.

(49) *Suelo*: Fondo de la escudilla.

cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula. » Acabando de decirlo echóse su escudilla a pechos (50), diciendo: « Todo esto es salud y otro tanto ingenio. » « ¡ Mal ingenio te acabe ! », decía yo entre mí, cuando vi un mozo mal de espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro: « ¡ Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale; coman, que me huelga de verlos comer. » Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas (51) y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes (52). Cabra los miraba, y decía: « Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas. » Mire v. m. qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato unos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: « Quede esto para los criados, que también han de comer, no lo queremos todo. » « ¡ Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado », decía yo, « que tal amenaza has hecho a mis tripas ! » Echó la bendición, y dijo: « Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido. » Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca.

Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas; y fuese. Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra diciendo: « Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay. » Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico a v. m. que había uno de ellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca. Y pedí yo de beber, que los otros por estar casi ayunos no lo hacían, y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón (53). Díome gana de descomer, aunque no había comido; digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome: « No lo sé, en esta casa no las hay; para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde quiera podéis, que aquí estoy dos meses ha y no he hecho

(50) *Bebió con mucha gana.*

(51) *Comer con tenedor era aún lujo poco usado.*

(52) *Descomulgadas de participantes*: Las tripas se quedaron sin participar de la carne.

(53) *Se brindaba a las tripas y no hacían la razón*: No corresponder a un brindis con otro.

tal cosa sino el día que entré, como vos agora, de lo que cené en mi casa la noche antes. » ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada de él.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos en aquella casa como en otras ahitos. Llegó la hora del cenar — pasóse la merienda en blanco —; cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro, cabra asada. Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa. « Es cosa muy saludable y provechosa », decía, « cenar poco para tener el estómago desocupado », y citaba una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorra un hombre sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuímonos a acostar, y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese, aunque ultimamente le dije: « Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en al-

guna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado. »

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar; dieron las seis y llamó Cabra a lección; fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas e ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas (54), amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creará quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recién venido, dos frisonos (55) y que a dos días salieron caballos ligeros, que volaban por los aires y que vió meter mastines pesados, y a tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a solo aquello de fuera; y preguntando un día que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morían de hambre, de manera que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo; dígoles porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lección, díola, y decorámosla (56). Y pro-

(54) *Toba* : Suciedad de los dientes.

(55) *Frisón* : Caballo de Frisia de pies anchos y fuertes.

(56) *Decorar* : Recitar de coro.

seguí siempre en aquel modo de vivir que he contado.

Sólo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía (57) allá fuera. Y así, tenía una caja de hierro, toda agujerada como salvadera; abríala y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala a cerrar; y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros, y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino en la olla.

Pasábamoshlo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes, le buscamos para no levantarnos de mañana; y así trazábamos de decir que teníamos algún mal. Pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza o muelas era poco estorbo; dijimos, al fin, que nos dolían las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días, fiados en que, a trueque de no gastar dos cuartos, no buscaría remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre, que fue boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego; el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de

echársela dentro, disparóse la por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote; y vino a servir por defuera guarnición, la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen a mí la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me resistía, pero me valió poco, porque teníendome Cabra y otros me la echó la vieja, a la cual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio.

Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama para que guisase y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló un viernes a la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe; era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega; y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decían: « ¿ Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía. » Otros decían: « ¿ Garbanzos con luto? ¿ Quién se les habrá muerto? » Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solía enviar unos huevos, con tantas barbas a fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender corregimiento o

(57) Para diferenciarlo de los judios que, aún conversos, guardaban aversión al cerdo.

abogacía (58). Pues meter el badil por el cucharón, enviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba, en la olla, y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y a la entrada de ella estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano el matar a aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió — que había un día que no hablaba —, dijo: « Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno. » Im-

primiéronsele estas razones en el corazón; murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó a oídos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengaño de las crueldades de Cabra, y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros. Y tales nos vió, que sin aguardar a más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas a casa; despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV

De la convalecencia e ida a estudiar a Alcalá de Henares.

ENTRAMOS en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y a mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial (59) —

al fin me trataban como a criado —, en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos (60). Ordenaron que nos dieran sustancias y pistos. ¿ Quién podrá contar a la primera almendrada y a la primera

(58) Sátira de las barbas de los magistrados y abogados.

(59) *Imperial*: Especial y grande.

(60) *Retablo de duelos*: Se decía del que tenía muchos trabajos.

ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra.. Con estas y otras prevenciones comenzamos a volver y cobrar algún aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas; y así se dió orden que cada día nos las ahormasen con la mano de un alminez. Levantámonos a hacer picnics dentro de cuarenta días, y aún parecíamos sombras de otros hombres; y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar a don Alonso cómo al sentarse a la mesa nos decía males de la gula, no habiéndola él conocido en su vida; y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices y capones y todas las cosas que no quería darnos; y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado, no sólo el matarla sino el herirla, según regateaba el comer.

Pasáronsenos tres meses en esto,

y al cabo trató don Alonso de enviar a su hijo a Alcalá a estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome a mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo que le gobernase la casa, y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita y otra de cordeles con ruedas, para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos a la tardecita antes de anochecer una hora, y llegamos a la media noche a la siempre maldita venta de Viveros (61). El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato (62) juntos con la paz que aquel día; hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (63) — que ya habían llegado también con el hato antes, que nosotros veníamos de espacio —, pegóse al coche, díome a mí la mano para salir del estribo, y díjome si iba a estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mer-

(61) *Venta de Viveros*: Posada de estudiantes, situada en el camino de Madrid a Alcalá.

(62) *Perro y gato*: « Moro » y « Ladrón ».

(63) *Iban horros*: El ventero iba a la parte con los del carro.

cader y avariento procurando olvidarse de cenar y dos estudiantes fregones, de los de mantellina (64), buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta, y muchacho, dijo: « Señor huésped, deme lo que hubiere para mí y dos criados. » « Todos lo somos de v. m. — dijeron al punto los rufianes — y le hemós de servir. Hola, huésped, mirá que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la despensa. » Y diciendo esto llegóse uno, y quitóle la capa, diciendo: « Descanse v. m., mi señor », y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas (65) « ¡ Qué buen talle de caballero! ¡ Y va a estudiar? ¡ Es v. m. su criado? » Yo respondí — creyendo que era así como lo decían — que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando, y, dándole un abrazo apretadísimo, dijo: « ¡ Oh mi señor don Diego! ¡ Quién me dijera a mí, ahora diez años, que había de ver yo a v. m. de esta manera! ¡ Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá v. m. ! » El se quedó admirado y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara, y dijo a su amigo: « ¡ Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡ Gran dicha ha sido nuestra encontrarle y conocerle, según está de grande! Dios le guarde »; y empezó a santiguarse. « ¡ Quién no creyera que se ha-

bían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo: « Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría. » Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron: « Cene v. m., que entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa. » « ¡ Jesús! — dijo don Diego —, vs. ms. se asienten si son servidos », y a esto respondieron los rufianes — no hablando con ellos —: « Luego, mi señor, que aún no está todo a punto. » Yo cuando vi a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando a mi amo, dijeron: « No es razón que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande v. m. que alcancen un bocado. » El, haciendo del galán, convidólas; sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron sino un cogollo en cuatro bocados, el cual se comió don Diego, y al dársele aquel maldito estudiante le dijo: « Un abuelo tuvo v. m., tío de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba, ¡ qué hombre era tan cabal! » Y diciendo esto, sepultó un panecillo, y el otro, otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino

(64) *Mantellina*: Diminutivo de manta. No cubre aún el medio cuerpo.

(65) *Ninfa*: Mujer de mala vida.

y un par de palominos cocidos, y dijeron: « Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos. » No bien se lo dijeron cuando se sentó; ya cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse a afligir. Repartieronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes: « No cene mucho, señor, que le hará mal », y replicaba el maldito estudiante: « Y más que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá. » Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo: « ¡ Oh pecador de mí! No habemos dejado nada a los criados. Vengan aquí vs. ms. Ah, señor huésped, déles todo lo que hubiere, vé aquí un doblón. » Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo — digo el escolar —, y dijo: « Aunque v. m. me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía; ¿conoce por dicha a mi señor primo? El dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado a nosotros. — No se enoje v. m., que no le conocían. » Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulación, que no pensé acabar.

Levantaron las mesas y todos dijeron a don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato hablando; preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba don Tal Coronel. En malos

infiernos arda el embustero, en dondequiera que esté. Vió el avariento que dormía, y dijo: « ¿ V. m. quiere reir? Pues hagamos alguna burla a este viejo que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo. » Los rufianes dijeron: « Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón. » Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormía de debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas había y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: « Pues aún no basta, que bota tiene. » Sacóla el vino, y desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco vino debajo, se la llenó de lara y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos a acostar para una hora que quedaba o media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echó una gran piedra y fuése a dormir.

Llegó la hora del caminar, despertaron todos y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gabán; miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó, diciendo: « Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esta piedra? ¿Qué les parece a vs. ms., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago. » Juraba y perjuraba

diciendo que no había metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta y vino a montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes : « Como hemos de servir a v. m. en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto. » Almorzamos un bocado y el viejo tomó sus alforjas, y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas a oscuras debajo el gabán, y agarrando un yesón untado, echóselo en la boca y fuele a hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó a escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole qué tenía. Comenzóse a ofrecer a Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse a él el estudiante, y dijo : « Arriedro vayas, Satán, cata la cruz. » Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió le dejasen enjugar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dejéronle, y sacándola abrióla, y abocando en un vasito un poco de vino, salió

con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche, y aun no bien había comenzado a caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron a dar vaya (66), declarando la burla. El ventero decía : « Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta envejecerá. » El cura decía : « Sacerdote soy, allá se lo dirán de misas. » Y el estudiante maldito voceaba : « Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma y no después. » El otro decía : « Sarna dé a v. m., señor don Diego. » Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegamos a la villa, apeámonos en un mesón, y en todo el día — que llegamos a las nueve — acabamos (67) de contar la cena pasaba, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

(66) *Dar vaya* : Hacer burla.

(67) *Acabamos* : No acabamos.

CAPITULO V

De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.

ANTES que anocheciese salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino; digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos a tener respeto, o por ser natural suyo de ellos, que no es mucho tenga mala condición quien no tiene buena ley (68). Pusimos nuestro ható, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche.

Amaneció, y helos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada a pedir la patente (69) a mi amo. El, que no sabía lo que era, pre-

guntóme que qué querían. Y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones, y sola tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y con tanto, comenzaron una grita del diablo, diciendo: « Viva el compañero y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos. » Y con esto — ¡ mire v. m. qué privilegios! — volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general (70); pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé a temblar.

Entré en el patio, y no hube metido bien el pie cuando me encararon y empezaron a decir: « ¡ Nuevo! » Yo, por disimular, di en reir como que no hacía caso, mas no bastó, porque llegándose a mí ocho o nueve comenzaron a reirse. Púseme colorado, ¡ nunca

(68) *Ley* : Religión.

(69) *Patente* : Contribución que se hacía pagar al novato.

(70) *General* : Aula.

Dios lo permitiera!, pues al instante se puso uno que estaba a mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: « Por resucitar está este Lázaro, según hiede », y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije: « Vs. ms. tienen razón, que huele muy mal. » Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron a escarbar y tocar al arma; y en las toses y abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: « Esto hago. » Yo entonces, que me vi perdido, dije: « Juro a Dios que me la... » Iba a decirle, pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí; y era de ver, sin duda, como tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies a cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera: « Basta, no le matéis. » Yo, que según me trataban creí de ellos que lo harían, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita que me aturdieron, y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrarse de médicas y boticas aguardaban nuevos (71) para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no había dónde,

sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejéronme, e iba hecho aljofaina de viejo a pura saliva.

Fuíme a casa, que apenas acerté a entrar en ella, y fué ventura el ser de mañana, porque sólo topé dos o tres muchachos, que debían ser bien inclinados, porque no me tiraron más de cuatro o seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó a reirse y hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: « Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo*. » Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité y me eché en la cama; y colguélo en una azotea.

Vino mi amo, y como me halló durmiendo, y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzóme a dar repelones con tanta priesa que a dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y él con más cólera dijo: « ¿ Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida. » Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije: « Bien me anima v. m. en mis trabajos: vea cuál está aquella sotana y manteo que ha servido de pañizuelos a las mayores narices que se han visto en paso de Semana Santa », y con esto empecé a llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí y dijo: « Pablos, abre el ojo

(71) Nuevos: Estudiantes nuevos.

que asan carne; mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre. » Conté todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar a mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí, y con esto a la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya como si no hubiera pasado nada por mí.

Pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen a otras. Viniéronse a acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron a santiguar diciendo: « No se hiciera entre luteranos. ¿ Hay tal maldad ? » Otro decía: « El rector tiene la culpa en no poner remedio. ¿ Conocerá los que eran ? » Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi padre y mis hermanos.

Debían ser las doce cuando el uno dellos me despertó a puros gritos, diciendo: « ¡ Ay, que me matan ! ¡ Ladrones ! » Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza, y dije: « ¿ Qué es eso ? », y apenas me descubrí cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos (72) en todas las espaldas. Comencé a quejarme; quíseme levan-

tar; quejábase el otro también, y dábame a mí solo. Yo comencé a decir: « ¡ Justicia de Dios ! » Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó — por haberme tirado las frazadas (73) abajo — remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormían empezaron a dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba a todos. Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí, se pasó a mi cama, y proveyó en ella, y cubrióla; y pasándose a la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo: « Es gran bellaquería, y no ha de pasar así. » Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme a mi cama, preguntando si acaso les habían hecho mal: todos se quejaban de muerte.

Acostéme, y cubríme, y torné a dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trenzas (74). Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado. Estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, o si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron a mí,

(72) *Hijos*: Los extremos de los ramales de las disciplinas.

(73) *Frazada*: Manta.

(74) *Trenzas*: Se había ensuciado todo el cuerpo.

quejándose y muy disingulados, a preguntarme cómo estaba; y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábalas yo qué podía haber sido, y ellos decían: « A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estáis herido; que os quejábades mucho dese dedo del corazón »; levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: « ¿ Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿ y estáste en la cama? Levántate en noramala. » Los otros, por asegurarme, contaron a don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decía uno: « Y si v. m. no lo cree, levánta, amigo », y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno: « ¡ Cuerpo de Dios, y cómo hiede! » Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos a mirar si había en el aposento algún servicio; decían que no se podía estar allí. Dijo uno: « Pues es muy bueno esto para haber de estudiar. » Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron: « Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle a una de las nuestras, y miremos debajo de ella. » Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban a echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón; agarréme a los palos, e hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo: « ¡ Gran lástima! » Don Diego me tomó el dedo de corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las

sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. « Pobre de él », decían los grandísimos bellacos; yo hacía el desmayado. « Tírele v. m. mucho dese dedo del corazón »; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: « El pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal. » ¡ Quién dirá lo que yo pasaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo y a peligro de que me diesen gorrote! Al fin, de miedo que me le diesen — que ya me tenían los cordeles en los muslos — hice que había vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo: « ¡ Jesús, y qué flaco sois! » Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: « Más va en vuestra salud que en el haberos ensuciado; callá », y con esto me pusieron en la cama después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía a solas sino considerar cómo casi era más lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude — lavándola como gualdrapa — y aguardé a mi amo, que, en llegando, me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana; y después, juntándonos todos a hablar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta, y dije entre

mí: « Avisón, Pablos; alerta. » Propuse de hacer nueva vida. Y con esto, hechos amigos, vivimos

de allí adelante todos los de la casa como hermanos; y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPITULO VI

De las crueldades del ama y travesuras que yo hice.

HAZ como vieres » dice el refrán, y dice bien. De puro con siderar en él, vine a resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro a v. m. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida a todos los cochinos que se entrasen en casa y a los pollos del ama que del corral pasasen a mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos, del mejor garbo que vi en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dije a uno: « Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa. » Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir a gruñir a casas ajenas; y diciendo esto, envaséle a cada uno — a puerta cerrada — la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y por que no se oyese el ruido que hacían, todos a la par

dábamos grandísimos gritos como que cantábamos, y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y a puros (75) jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte, que cuando vinieron los amos, ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas; y no por falta de prisa, que en verdad, que por no detenernos, las habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera que obligaron a los huéspedes — que de risa no se podían valer — a volver por mí. Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban, y me prendía la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría a hambre (76), que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese diría: « Como se entraron sin llamar a la puerta, como en su casa, entendí que eran nues-

(75) *A puros*: A fuerza de.

(76) *Me llamaría a hambre*: Es decir, daría como excusa que tenía hambre.

tros. » Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego: « A fe, Pablos, que os hacéis a las armas (77). » Era de notar ver a mi amo tan quieto y religioso, y a mí tan travieso, que el uno exageraba al otro o la virtud o el vicio.

No cabía el ama de contento porque éramos los dos al mohino (78): habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor a la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos; y la vez que podía echar cabra u oveja, no echaba carnero; y si había huesos, no entraba cosa magra; y así, hacía unas ollas tísicas, de puro flacas; unos caldos, que, a estar cuajados, se podían hacer sartas de cristal de ellos. Las dos Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decía — cuando yo estaba delante — a mi amo: « Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvale v. m., que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae. » Yo, por el consiguiente, decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa.

Si se compraba aceite de por junto, carbón o tocino, escondíamos la mitad, y cuando nos parecía decíamos el ama y yo: « Modérense vs. ms. en el gasto, que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite o el carbón;

pero tal priesa se han dado... Mande v. m. comprar más, y a fe que se ha de lucir de otra manera; denle dineros a Pablicos. » Dábanmelos, y vendíamosle la mitad sisada, y de lo que comprábamos sisábamos la otra mitad; y esto era en todo.

Y si alguna vez compraba yo en la plaza, por lo que valía reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía como enojada: « No me digáis a mi, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada. » Yo hacía que lloraba, daba muchas voces, e íbame a quejar a mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo a saberlo para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo; y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí a las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego muy satisfecho de mí: « Así fuese Pablicos aplicado a virtud como es de fiar; toda esta es la lealtad. ¿Qué me decís vos de él? »

Tuvimoslos desta manera chupándolos como sanguijuelas; yo apostaré que v. m. se espantó de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba a restitución, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho a ocho días, y nunca le vi rastro ni imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestras. Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En

(77) *Hacerse a las armas*: Acostumbrarse a las cosas.

(78) *Eramos los dos al mohino*: Estaban de acuerdo.

todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos; y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez (79) y acababa con el *Conquibules* (80) — que ella decía — y en la *Salve rehila* (81). Decía las oraciones en latín adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos.

Tenía otras habilidades; era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia curar lamparones (82).

Pensará v. m. que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una. Tenía doce o trece pollos grandecitos, y un día, estando dándoles de comer, comenzó a decir: « pío, pío », y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé a dar voces y dije: « ¡ Oh cuerpo de Dios, ama! ¿ No hubiérades muerto un hombre o hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposi-

ble dejarlo de decir? ¡ Mal aventurado de mí y de vos! » Ella, como vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto, y dijo: « Pues, Pablos, ¿ yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más. » « ¿ Cómo burlas? ¡ pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado. » « ¿ Inquisición? », dijo ella, y empezó a temblar; « pues ¿ yo he hecho algo contra la fe? » « Eso es lo peor », decía yo; « no os burléis con los inquisidores; decid que fuistes una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato. » Ella con el miedo dijo: « Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿ castigaránme? » Respondíle: « No, porque sólo os absolverán. » « Pues yo me desdigo », dijo: « pero dime tú de qué, que no lo sé yo; así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. » « ¿ Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga, que el desacato es tal que me acobarda. ¿ No os acordáis que dijisteis a los pollos « pío, pío », y es Pío nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Pápaos el pecadillo. » Ella quedó como muerta, y dijo: « Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición. » « Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo, asegurado,

(79) *Justo Juez*: Oración popular entonces.

(80) *Conquibules*: Alteración de las primeras palabras del símbolo de San Atanasio, que comienza: *Quicumque vult salvus esse*.

(81) *Salve rehila*: Salve, Regina.

(82) *Lamparones*: Enfermedad conocida que nace en la garganta. *Scrofula*. Los Reyes de Francia dicen tener gracia de curar los lamparones.

podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices me los deis para que yo los lleve a un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo. » Ella muy contenta dijo : « « Pues llévatelos, Pablos, ahora, que mañana juraré. » Yo, por más asegurarla, dije : « Lo peor es, Cipriana — que así se llamaba — que yo voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo, pardiez que temo. » « Pablos — decía cuando me oyó esto — por amor de Dios, que te duelas de mí y los llesves, que a ti no te puede suceder nada. » Dejéla que me lo rogase mucho, y, al fin — que era lo que quería — determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo : « Mejor se ha hecho que yo pensaba; quería el familiarcito venir tras mí a ver la mujer, pero lindamente le he engañado y negociado. » Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado sus compañeros, e hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena que por poco se muriera, y de enojo no estuvo a dos dedos —

a no tener por qué callar — de decir mis sisas.

Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr o rebatar (83). En esto me sucedieron cosas graciosísimas; porque yendo una noche a las nueve — que ya anda poca gente — por la calle Mayor, vi una confitería y en ella un cofín (84) de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarréle, di a correr; el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que, aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar; y al volver una esquina, sentéme sobre él y envolví la capa a la pierna de presto, y empecé a decir con la pierna en la mano : « ¡ Ay ! Dios se lo perdone, que me ha pisado. » Oyéronme esto, y en llegando empecé a decir : « Por tan alta señora (85), y lo ordinario de « la hora menguada y aire corrupto (86) ». Ellos se venían desgañando, y dijéronme : « ¿ Va por ahí un hombre, hermano ? » « Ahí delante, que aquí me pisó, loado sea el Señor. »

Arrancaron con esto y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín a casa, conté la burla y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho; por lo cual los convidé para otra noche a verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas den-

(83) *Rebatar* : Arrebatar.

(84) *Cofín* : Cesto o espuerta, de esparto o mimbre.

(85) *Tan alta señora* : La virgen María.

(86) Lugar común de la época, empleado por los mendigos aludiendo a la causa de su desgracia.

tro la tienda, y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible; y más por estar el confitero — por lo que le sucedió al otro de las pasas — alerta. Vine, pues, y metiendo, doce pasos atrás de la tienda, mano a la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando a la tienda, dije: « ¡ Muera ! », y tiré una estocada por delante del confitero; él se dejó caer pidiendo confesión, y yo di la estocada en una caja; y la pasé y saqué en la espada, y me fuí con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le habían herido, y que era un hombre con quien había tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al derredor, echó de ver la burla, y empezó a santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que « hurtar » en nombre revesado (87).

Yo, como era muchacho y veía que me alababan el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada día traía la pretina llena de jarras de monjas; que les pedía para beber, y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero.

Y así, prometí a don Diego y a todos los compañeros de quitar una noche las espadas a la misma ronda. Señalóse cuál había de ser, y

fuimos juntos, yo delante; y en columbrando la justicia lleguéme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije: « ¿ Justicia ? » Respondieron: « Sí. » « ¿ Es el corregidor ? » Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: « Señor, en sus manos de v. m. está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande v. m. oirme dos palabras a solas, si quiere una gran prisión. » Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas, y los alguaciles poniendo mano a las varetas, y díjele: « Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres; y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por robarlos, y le está probado esto, y vienen acompañando, según le he oído decir, a una espía francesa, y aun sospecho, por lo que les he oído, que es — y abajando más la voz dije — de Antonio Pérez (88). »

Con esto el corregidor dió un salto hacia arriba y dijo: « ¿ Adónde están ? » « Señor, en la casa pública; no se detenga v. m., que las ánimas de mi madre y hermanos se lo pagarán en oraciones, y el rey acá. « ¡ Jesús ! — dijo — no nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela. » Yo le dije, tornándole a apartar: « Señor, perderse ha, si v. m. hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno a uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletas, y en viendo entrar con es-

(87) *Revesado*: En jerga de los picaros que hablan al revés para no ser entendidos.

(88) *Antonio Pérez*: Secretario de Felipe II. Caído en desgracia y refugiado en Francia adonde huyó en 1593.

padas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos. » Cuadróle al corregidor la traza con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas hierbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa : pusiéronlas, y caminaron.

Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse a casa fuese todo uno, hizolo así. Y al entrar todos, quedéme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, di cantonada (89), y emboquéme por una callejuela que va a dar cerca la Victoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron a buscarme, y no me hallando sospecharon lo que fué; yendo a buscar sus espadas, no hallaron media. ¿ Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche ? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron a casa; y yo, por que no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador (90) y con una vela en la mano y un cristo en la otra,

y un compañero clérigo ayudándome a morir; los demás rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto, se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá.

Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros, y mesas de fruterías — que nunca se me olvidara la afrenta de cuando fuí rey de gallos — sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé a cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apenas me dejaban servir a don Diego, a quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.

(89) *Cantonada* : Esquinazo.

(90) *Tocador* : « El ornamento de la cabeza... que usa el hombre de noche. »

CAPITULO VII

De la ida de don Diego y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante.

EN este tiempo vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón, hombre allegado a toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años a esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir la verdad; pero un águila en el oficio. Vérsese hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta a Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

CARTA

Hijo Pablos — que por el mucho amor que me tenía me llamaba así — : Las ocupaciones grandes de esta plaza en que me tiene ocupado su majestad no me han dado lugar a hacer esto; que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo; aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él; y como tenía

aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando a las ventanas y haciendo cortesías a los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar a los confesores, e íbales alabando lo que decían bueno. Llegó a la ene de palo, puso el un pie en la escalera, no subió a gatas ni de espacio; y viendo un escalón hendido, volvióse a la justicia, y dijo que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció a todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la sogá y púsola en la nuez, y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto a él le dijo: « Padre, yo lo doy por predicado, y vaya un poco de credo y acabemos presto, que no querría parecer prolijo; » hízose así. Encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas; yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había más que pedir. Hícele cuartos, y dile por sepultura los caminos; Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca a los

grajos; pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, acomodándole en los de a cuatro (91). De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que daba paz (92) cada noche a un cabrón en el ojo que no tiene niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que a una capilla de milagros, y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representará en un auto el día de la Trinidad (93), con cuatrocientos de muerte; pésame, que nos deshonra a todos, y a mí principalmente, que al fin soy ministro del rey, y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados; vuestro tío soy, lo que tenga ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entre tanto Dios os guarde. Etc. »

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte: — tanto pueden los vicios en los padres que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, a los hijos—. Fuíme corriendo a don

Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras más que había oído decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre; que a él le pesaba dejarme; y a mí más. Díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: « Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo (94), ahora tengo mi padre. » Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon e hicieron moneda (95), y cómo me había escrito mi señor tío el verdugo de esto y de la prisioncilla de mama (96), que a él, como quien sabía quien yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto, al otro día él se fué a Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque, perdiéndoseme, acaso no la leyese alguno; y comencé a disponer mi partida para Segovia con intención de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir de ellos.

(91) *Los de a cuatro*: Pasteles de a cuatro reales.

(92) *Dar paz*: Besar.

(93) *Un auto el día de la Trinidad*: Aldonza figura en un auto de fé.

(94) *Mi piedra en el rollo*. Es costumbre en la villa irse a sentar a la grada del rollo en conversación, y los honrados tienen ya particular asiento que ninguno se lo quita y vale tanto como ser hombre de honra. — Covarrubias. — *Rollo*: Picota.

(95) *Le hicieron moneda*: Le hicieron cuartos.

(96) En tiempo de Quevedo se pronunciaba *mama*.

CAPITULO VIII

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

LLEGO el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde no tenía que sacar más de mi sombra. ¿ Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped de la casa por el arrendamiento? Uno decía: « Siempre me lo dijo el corazón. » Otro: « Bien me decían a mí que éste era un trampista. » Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia a la mitad dél llorando y a la otra mitad riéndose de los que lloraban.

Ibame entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan embe-

becido, que, aun estando a su lado, no me veía. Saludéle, y saludóme; preguntéle dónde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos a tratar de si bajaba el turco (97) y de las fuerzas del rey. Comenzó a decir de qué manera se podía ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno (98). Proseguimos en la conversación propia de pícaros, y vinimos a dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fué ello, que empezó a suspirar y decir: « Más me cuestan a mí esos estados que al rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio que, si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado. » « ¿ Qué cosa puede ser — le dije — que, conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer? » « ¿ Quién dice a v. m. — dijo luego — que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre a v. m., le

(97) *Si bajaba el turco*: Preocupación del tiempo; el pueblo temía que los turcos viniesen a España con una flota.

(98) *Loco repúblico y de gobierno*, es decir *arbitrista*; éstos proponían soluciones (arbitrios) absurdas para los males del país.

contara lo que es; pero allá se verá, que ahora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al rey modo de ganar a Ostende (99) por dos caminos. » Roguéle que los dijese, y, sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: « Bien ve v. m. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas y quitarle de allí. » Di yo con este desatino una gran risada; y él, mirándome a la cara, me dijo: « A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que a todos les da gran contento. » « Ese tengo yo por cierto — le dije — de oír cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta v. m. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar a echar más. » « No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso por muy apurado — me respondió —; fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados. »

No le osé replicar, de miedo que me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá abajo: no vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo (100) no había hecho nada; que él trazaba ahora de subir toda el agua de Tajo a Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire v. m. quién tal oyó en el mundo! Y, al cabo, me dijo: « Y no lo pienso poner en ejecución si pri-

mero el rey no me da una encomienda (101), que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada. » Con estas pláticas y desconciertos llegamos a Torrejón, donde se quedó, que venía a ver una parienta suya.

Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando, Dios y en hora buena, desde lejos vi una mula suelta y un hombre junto a ella a pie, que, mirando un libro, hacía unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos a un lado y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato — que me paré desde algo lejos a verlo — que era encantador, y casi no me determinaba a pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintiéndome; cerró el libro, y al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y díjome: « No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir. » Yo no entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba a Madrid por línea recta, o si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía, y, mirándola, dijo: « Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro

(99) *Ganar a Ostende*. El sitio de esta plaza por los españoles duró cerca de tres años.

(100) *Juanelo*: Artífice natural de Cremona que logró elevar las aguas del Tajo a lo más alto de Toledo, durante el reinado de Felipe II.

(101) *Encomienda* de una orden de caballería.

de las estocadas. » Y empezó a meter una parola tan grande, que me forzó a preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro (102) verdadero, y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido a risa, le dije: « Pues en verdad que por lo que yo vi hacer a v. m. en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos. » « Eso — me dijo — era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor continuando la espada, para matar sin confesión al contrario, por que no diga quién lo hizo. » Y estaba poniéndolo en términos de matemática. « ¿ Es posible — le dije yo — que hay matemática en eso? » Dijo: « No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina. » « Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte. » « No os burléis — me dijo —, que ahora aprendéis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores que comprendan en sí las espirales de la espada. » « No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande. » « Pues este libro las dice — me respondió —, que se llama *Grandezas de la espada* (103), y es muy bueno y dice milagros. Y, para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquier que leyere en este libro matará a todos los que quisiere. » « O ese libro enseña a ser pestes a los hombres, o le compuso — dije yo — algún doctor. »

« ¿ Cómo doctor? Bien lo entiende me dijo —; es un gran sabio, y aún estoy por decir más. »

En estas pláticas llegamos a Rejas. Apeámonos en una posada, y, al apearnos, me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que, reduciéndolas a líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reír, y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y díjole: « Señor, déme v. m. dos asadores para dos o tres ángulos, que al momento se los volveré. » « ¿ Jesús! — dijo el huésped —. Déme acá v. m. los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oído nombrar. » « Que no son aves — dijo volviéndose a mí —; mire v. m. lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida. » En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto, y decía: « Con este compás alcanzo más, y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; esta había de ser cuchillada y ésta, tajo. » No llegaba a mí desde una legua, y andaba alderredor con el cucharón; y como yo me estaba quedo, parecían tretas contra

(102) *Diestro*: Sobrentiéndase « en el manejo de la espada ».

(103) Sátira contra D. Luis Pacheco, autor del libro que cita.

olla (104) que se sale, estando al fuego. Díjome : « Al fin, esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber! »

No lo había acabado de decir cuando de un aposento salió un mulatazo, mostrando las presas (105), con un sombrero injerto en guardasol, y un colete de ante, bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas a lo águila imperial; la cara, con un *per signum crucis de inimicis suis* (106), la barba, de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo, dijo : « Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes (107), que haga pedazos a quien tratare mal a tanto buen hijo como profesas la destreza. » Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía de qué picarse. « Meta mano a la blanca (108), si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones. » El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces : « Este libro lo dice y está impreso con licencia del rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte; y si no, midámoslo »; y sacó el com-

pás y comenzó a decir : « Este ángulo es obtuso. » Y entonces el maestro sacó la daga, y dijo : « Yo no sé quién es Angulo, ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero con ésta en la mano le haré pedazos. » Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir, dando saltos por la casa, diciendo : « No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil. » Metímoslos en paz el huésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Métieron al buen hombre en su aposento, y a mí con él; cenamos, y acostámonos todos los de la casa; y a las dos de la mañana levántase en camisa y empieza a andar a oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme a mí; y, no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo a la estocada sagita (109) por la cuerda. El huésped se daba a los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se subió y me dijo que si me quería levantar vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes; y decía que luego se la quería ir a enseñar al rey, por ser en favor de los católicos. En esto amaneció, vestímonos todos y pagamos la posada.

(104) *Tretas contra olla* : Los maestros de esgrima se servían de maniquíes para ensayar los golpes o tretas. Como aquí hay *cucharón* en vez de espada, hace burlo-namente el autor que el objeto de las tretas sea una olla.

(105) *Presas* : Colmillos.

(106) *Per signun* : Cuchillada o chirlo.

(107) *Los panes* : Las mieses.

(108) *Blanca* : La espada.

(109) *Sagita* : Porción de recta comprendida entre el punto medio del arco de círculo y el de su cuerda.

Hiciéronlos amigos a él y al maestro, el cual se apartó diciendo que lo que alegaba mi compañero era

bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más, por lo menos, no lo entendían.

CAPITULO IX

De lo que me sucedió, hasta llegar a Madrid, con un poeta.

YO tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome a voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído: « Per vida de v. m. que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento. » Yo le prometí hacerlo; tornóse a partir de mí, y yo empecé a reirme del secreto tan gracioso.

Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme a mí estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía a mí mismo. Decía a solas: « Más

se me ha de agradecer a mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus abuelos. » En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de adónde venía. Yo le dije que de Alcalá. « Maldiga Dios — dijo él — tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso. » Preguntéle que cómo o por qué se podía decir tal del lugar donde asistían tantos doctos varones, y él, muy enojado, dijo: « ¿ Doctos? Yo le diré a v. m. que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda — donde he sido sacristán — las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel (110) unos cantarcitos que, por que vea v. m. la sinrazón que me hicieron, se los he de leer. » Y comenzó desta manera:

(110) *Cartel*: El escrito que se pone en tiempo de fiestas por los que han de ser mantenedores de justas, torneos o juegos.

Pastores, ¿ no es lindo chiste,
 Que es hoy el señor san Corpus
 Y es el día de las danzas [Criste ?
 En que el Cordero sin mancilla
 Tanto se humilla,
 Que visita nuestras panzas,
 Y entre estas bienaventuranzas
 Entra en el humano buche.
 Suene el lindo sacabuche (111),
 Pues nuestro bien consiste.
 Pastores, ¿ no es lindo chiste, etc.

« ¿ Qué pudiera decir más — me dijo — el mismo inventor de los chistes ? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores*; más me costó de un mes de estudio. » Yo no pude con esto tener la risa, que a borbollones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije : « ¿ Cosa admirable !; pero sólo reparo en que llama v. m. señor san Corpus Criste, y Corpus Cristi no es santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento. » « ¿ Qué lindo es eso ! — me respondió haciendo burla —. Yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré a ello la cabeza. » No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquier premio y que no había leído cosa tan graciosa en mi vida. « ¿ No ? — dijo al mismo punto —, pues oiga v. m. un pedacito de un librito que tengo hecho a las once mil vírgenes, adonde a cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica. » Yo, por excusarme de oír tanto millón de octavas, le supliqué no me dijese cosa a lo divino, y así me comenzó a

recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jerusalén. Decíame : « Hícela en dos días, y este es el borrador », y sería hasta cinco manos de papel. El título era *El arca de Noé*. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalís, como fábulas de Isopo. Yo se la alabé la traza y la invención, a lo cual me respondió : « Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa. » « ¿ Cómo se podrá representar — le dije yo —, si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan ? » « Esa es la dificultad, que, a no haber ésa, ¿ había cosa más alta ? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan; y meter para el entremés monas. » « Por cierto, alta cosa es esa. » « Otras más altas he hecho yo — dijo — por una mujer a quien amo, y ve aquí novecientos y un soneto y doce redondillas — que parece que contaba escudos por maravedís — hechos a las piernas de mi dama. » Yo le dije que si se las había visto él, y respondiome que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo a tantos versos malos, y así, comencé a echar la plática a otras cosas. Decíale que veía liebres; « pues empezaré por uno donde las comparo a ese animal », y empezaba luego. Yo, por divertirle (112) le decía : « ¿ Ve

(111) *Sacabuche* : Instrumento de metal para tañer.

(112) *Divertir* : Apartar, separar de algo.

v. m. aquella estrella que se ve de día? » A lo cual dijo: « En acabando éste le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. » Afligíme tanto con ver que no se podía nombrar cosa a que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegábamos a Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz en entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió a buen vivir. Pidióme que la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la

posada. Fuimos a una, adonde él se acostumbraba apear, y hallamos a la puerta más de doce ciegos; unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barbanca (113) de bienvenido. Abrazólos a todos y luego comenzaron unos a pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase a gestos; otros pidieron de las Animas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome: « Más me han de valer de trescientos reales los ciegos. Y así, con licencia de v. m., me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la premática. » ¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.

CAPITULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar a Cercedilla, donde dormí.

RECOGIOSE un rato a estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidióme se leyese la premática. Yo, por no haber otro quehacer, la sa-

qué y la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conveniente a lo que se quiso reprehender en ella. Decía de este tenor:

Premática contra los poetas hueros, chirles (114) y hebenes (115).

(113) *Barbanca*: Habla de muchos que dicen al mismo tiempo una cosa y que se entiende confusamente, por no entenderse bien de ninguno.

(114) *Chirle*: Sin ninguna substancia, vano o aparente.

(115) *Heben*: Especie de uva blanca con granos gordos y vellosos y poco jugo. Metafóricamente se toma por cosa de poca substancia y utilidad.

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo : « ¡ Hablara yo para mañana (116) ! Por Dios que entendí hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes. » Cayóme a mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo o moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía :

« Atendiendo a que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos, aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones (117) y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes; — mandamos que la Semana Santa recojan a todos los poetas públicos y cantoneros (118), como a las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

« Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol — como pasas a fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas, — les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados a las musas, como a la caza y pesca, por que no se agoten con la prisa que les dan.

« Item, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres condenados a perpetuo concepto (119), despedazadores de voca-

blos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía a las mujeres, declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquél está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales. » Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pie, dijo : « ¡ Mas no, sino quitarnos las haciendas ! No pase v. m. adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas (120), sino a mi juez, por no causar perjuicio a mi hábito y dignidad; y en prosecución de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que yo, siendo eclesiástico, hubiese de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas a tal premática, y luego quiero irlo a averiguar ante la justicia. » En parte me dió gana de reír; pero por no detenerme — que se me hacía tarde —, le dije : « Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad. » « ¡ Oh pecador de mí ! — dijo muy alborotado. — Avisara v. m., que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿ Sabe v. m. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de con-

(116) ¡ Hablara yo para mañana ! : ¡ Haberlo dicho antes !

(117) Listón : Cinta de seda.

(118) Cantoneros : Que están en las esquinas.

(119) Perpetuo concepto : Alusión al *conceptismo*, vicio literario de la época.

(120) Mil y quinientas : Alusión a la cantidad que había que depositar para recurrir en última instancia.

tado, y oír eso? Prosiga v. m., y Dios se lo perdone el susto que me dió. » Proseguí, diciendo :

« Item, advirtiendo que después que dejaron de ser moros — aunque todavía conservan algunas reliquias — se han metido a pastores (121), por lo cual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen : mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas a los amigos de soledad; y a los demás — por ser oficio alegre y de pullas — que se acomoden en mozos de mulas. »

« Algún puto, cornudo, bujarrón, judío ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara a él y a todos cuantos la vieran. ¡ Miren qué bien le estaría a un hombre lampiño como yo la ermita ! ¿ Y un hombre vinajeroso (122) y sacristán ha de ser mozo de mulas ? Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas. »

« Ya le he dicho a v. m. — repliqué yo — que son burlas, y que las oiga como tales. » Proseguí diciendo :

« Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón a Castilla, ni de Italia a España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese: y si reincide, de andar limpio una hora. » Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cascarrias, que para enterrarse no era menester más de

estregársela encima; el manteo, podíanse con él estercolar dos heredades.

Y así, medio riéndome, le dije que mandaba también « tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan — y que como a tales no las enterrasen en sagrado, — a las mujeres que se enamorasen de poetas a secas. Y que advirtiendo a la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que había habido estos años fértiles, mandamos que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen a las necesarias sin apelación. » Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así :

« Pero advirtiendo con ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la república tan sumamente miserables que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales de esta arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes; limitando a los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamiento, y a los ciegos que no sucedan los casos en Tetuán, desterrándoles estos vocablos, *hermanal* y *pundonores*, y mandámosles que para decir *la presente obra* no digan *zozobra*, y a los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que, mudándo-

(121) *Moros y pastores* : Alusión a la gran difusión en aquella época de los asuntos moriscos, y a la abundancia de novelas pastoriles.

(122) *Vinajeroso* : Alusión al sacristán que se bebe el vino de las vinajeras.

les el nombre, se vuelvan a cada fiesta.

« Y, finalmente, mandamos a todos los poetas en común que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte. »

A todos los que oyeron la pre-mática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado de ella; sólo el sacristanejo comenzó a jurar por vida de las vísperas solemnes, *introibo* y *kiries*, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que nadie. Y últimamente dijo: « Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán (123), y he comido más de dos veces con Espinel (124) », y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visto a don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa (125), y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla (126) cuando se metió fraile, y que hoy día los traía y malos. Enseñólos, y dióles esto a todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos; y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí de él, aunque me pesaba, y comencé a caminar para el puerto (127). Quiso Dios que, porque no fuese pensando en

mal, me topé con un soldado. Luego trabamos plática; preguntóme que si venía de la Corte. Dije que de paso había estado en ella. « No está para más — dijo luego —, que es pueblo para gente ruin; más quiero ; voto a Cristo ! estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj (128), comiendo madera, que sufrir las supercherías (129) que se hacen a un hombre de bien. » A esto le dije yo que advirtiese que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho a cualquier hombre de suerte. « ; Qué estimaban — dijo muy enojado —, si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas ! » Y enseñóme una cuchillada de a palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro; luego, en los calcañares, me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos más que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro : calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa a puras líneas. « Estas — me dijo — me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto; y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras.

(123) *Liñán* : Pedro Liñán de Riaza, poeta contemporáneo de Lope de Vega.

(124) *Espinel* : Vicente Espinel, autor de « El escudero Marcos de Obregón ».

(125) *Figueroa* : Francisco de Figueroa, poeta, sobrenombrado el *divino*.

(126) *Padilla* : Pedro de Padilla famoso como repentizador de versos.

(127) *Puerto* : Puerto del León, en el Guadarrama.

(128) *Hecho un reloj* : Bien dispuesto.

(129) *Superchería* : Engaño, fraude, atropello moral, abuso de fuerza.

Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña ; voto a Cristo ! hombre ; vive Dios ! tan señalado » ; y decía verdad, porque lo estaba a puros golpes. Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles, que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre. Yo los leí, y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo : « ¿ Cómo lo que yo ? ; Voto a Dios ! que ni García de Paredes (130), Julián Romero (131) ni otros hombres de bien. ; Pese al diablo ! Sí, que entonces sí que no había artillería. ; Voto a Dios ! que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte v. m. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen. » « ¿ Es v. m. acaso ? » — le dije yo ; y él me respondió — : « ¿ Pues qué otro ? ; No ve la mella que tengo en los dientes ? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre. »

Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga, que hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el *Deo gratias* acostumbrado, y empezó a alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado, y dijo : « ¡ Ah, padre ! Más espesas he visto yo las picas

sobre mí ; y, ; voto a Cristo ! que hice en el saco de Amberes lo que pude ; sí, ; juro a Dios ! » El ermitaño le reprehendía que no jurase tanto. El soldado le respondía : « Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio. » Dióme a mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón ; porque entre ellos (132) no hay costumbre (133) tan aborrecida de los de importancia, cuando no de todos.

Llegamos a la falda del puerto : el ermitaño, rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas, de manera que a cada Avemaría sonaba un cabe (134) ; el soldado iba comparando las peñas a los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando ; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas (135), como las mentiras del soldado. « ¡ Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto — decía —, e hiciera buena obra a los caminantes ! »

En estas y otras conversaciones llegamos a Cercedilla. Entramos en la posada todos tres juntos ya anocheado ; mandamos aderezar la cena — era viernes — ; y, entre tanto, el ermitaño dijo : « Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios ; ju-

(130) *Diego Garcia de Paredes* : Notable guerrero que luchó en Italia.

(131) *Julián Romero* : Maestre de campo en Flandes.

(132) *Ellos* : Los soldados.

(133) *Costumbre* : La de jurar.

(134) *Cabe* : Término usado en el juego de la argolla, aplicado aquí para exagerar el tamaño de las cuentas del rosario.

(135) *Frisón* : Aumentativo por analogía con caballo frisón.

guemos Avemarias »; y dejó caer de la manga el descuadernado (136). Dióme a mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas (137). El soldado dijo: « No, sino jugamos hasta cien reales que yo traigo, en amistad. » Yo, codicioso, dije que jugaría otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, que eran hasta docientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza, y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar (138); y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, e hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que no dejó blanca en la mesa. Heredónos en vida; retiróla (139) el ladrón con las ancas (140) de la mano, que era lástima: perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas (141). El soldado echaba a cada suerte doce votos y otros tantos « pesias », aforrados en « porvidas ». Yo me comí las uñas mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba: acabó de pelarnos; quisimosle jugar sobre prendas; y él — tras haberme ganado a mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento — dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos; que no había

de tratar de otra cosa. « No juren — decía —; que a mí, porque me encomendaba a Dios, me ha sucedido bien. » Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos a la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte. « ¡ Pesia tal! — decía el pobre alférez (que él me dijo entonces lo que era) —: entre luteranos y moros me he visto; pero no he padecido tal despojo. »

El se reía a todo esto. Tornó a sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos, que íbamos en *púribus* (142), Prometió hacerlo.

Metióse sesenta huevos. ¡ No vital en mi vida! Dijo que se iba a acostar. Dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traían y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persignó, y nosotros nos santiaguamos de él; durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

(136) *El descuadernado*: La baraja.

(137) *Cuentas*: Las del rosario.

(138) *Al parar*: Juego de cartas.

(139) *Retiróla*: La herencia.

(140) Por analogía llama *ancas* al pulpejo y a la palma de la mano.

(141) *Sencilla y maliciosa*: Carta con poco dinero y carta cargada de dinero (en la apuesta) respectivamente.

(142) *Púribus*: Desnudo.

Hízose hora de levantar; pidió luz muy aprisa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundía la casa a gritos, pidiendo que le diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres bacines, diciendo: « He ahí para cada uno el suyo. ¿ Quieren más servicios ? », entendiendo que nos habían dado cámaras (143). Aquí fué ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél — que se había hallado en la Naval (144), San Quintín y otras —, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él a tenerle, y aún no podíamos. Decía el huésped: « Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado a saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas. » Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés — digo con uno de estos antecristos de las monedas de España — que subía el puerto, con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso. Trabamos conversación con

él, y todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó a nombrar a Visanzón (145), y si era bien dar dineros o no a Visanzón; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; a lo cual respondió riéndose: « Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, a poner los precios por donde se gobierna la moneda »; de lo cual sacamos que en Visanzón se llevaba el compás a los músicos de uña (146). Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio que le tenía más de sesenta mil escudos; y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse. Nadie casi tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla, con el ombligo, en naciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y a mí se me alegraron los ojos, a pesar de la memoria que, con los sucesos de Cibra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y a la entrada vi a mi padre en el camino aguardando (147). Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera a mi tío — fuera del ro-

(143) Cámaras : Diarrea.

(144) *La Naval* : Lepanto.

(145) *Visanzón* : Besançon.

(146) *Músicos de uña* : Usureros.

(147) Hecho cuartos por el verdugo.

llo (148) — mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón de él, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca (149) hacer de garganta, y a mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto — con un hombre a quien había dicho, preguntando por él, que era un gran caballero yo —, veo a mi buen tío;

y echando en mí los ojos — por pasar cerca —, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza; no volví a despedirme de aquél con quien estaba. Fuíme con él, y díjome : « Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo. » Yo, que me vi a caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté tan avergonzado, que a no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida, ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas, volvió, y llevóme a su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI

Del hospedaje de mi tío, y visitas; la cobranza de mi hacienda, y vuelta a la Corte.

TENÍA mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa un aguador. Entramos en ella, y díjome : « No es alcázar la posada, pero yo os prometo (150),

sobrino, que es a propósito para dar expediente a mis negocios. » Subimos por una escalera, que sólo aguardé a ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba

(148) *Rollo* : Picota.

(149) *Precursor de la penca* : El pregonero que precede al verdugo y que vá azotando con la penca al condenado.

(150) *Os prometo* : Os aseguro.

en algo de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca (151) en un clavo que estaba con otros, de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpas y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡ Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío ! Díjome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, que tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo són con la cajeta, dijo : « Tanto me han valido a mí las ánimas hoy como a ti los azotados; encaja. » Hiciéronse la mamona (152) el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas, en gregüescos de lienzo, y empezó a bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios y en hora buena, envuelto en un capucho, y con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo un porquero : conocílo por el — hablando con perdón — cuerno que traía en la mano; y para andar al uso sólo erró en no traelle encima de la cabeza. Saludónos a su manera, y tras él entró un mulato, zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un

nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey, un colete de ante. Traía la cara de punto, porque à puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando a los de casa; y a mi tío le dijo : « A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso. » Saltó el de las ánimas, y dijo : « Cuatro ducados di yo a Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico, y no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon. » « ¡ Vive Dios ! — dijo el corchete — que se lo pagué yo sobrado a Lobrezno en Murcia; porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacón me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas. » Y el porquero, concomiéndose, dijo : « Aún están con virgo mis espaldas. » « A cada puerco le viene su san Martír » — dijo el demandador. « Alabarme puedo yo — dijo mi buen tío — entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo : sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla. »

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza : echómelo de ver el corchete, y dijo : « ¿ Es el padre el que padeció el otro día, a quien se dieron ciertos empujones en el envés (153) ? » Yo dije que no era hombre que padecía como ellos.

(151) *Penca* : Azote del verdugo.

(152) *Mamona* : Salutación burlesca.

(153) *Empujones en el envés* : Azotes.

En esto se levantó mi tío, y dijo : « Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto (154). » Pidiéronme perdón, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegón que estaba a las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer, en cabecera el demandador y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto; brindóme a mí; el porquero, me las cogía al vuelo, y hacía más razones que decíamos todos. No había memoria de agua, y menos voluntad de ella.

Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes (155). Dijo mi tío : « Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre. » Vínoseme a la memoria : ellos comieron, pero yo pasé con los suelos (156) solos, y quedéme con la costumbre. Y así, siempre que cómo pasteles, rezo un avemaría por el que Dios haya.

Menudeóse sobre dos jarros, y

era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecían de dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo — con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acosado y el otro nadando en mosto — : « Sobrino, por este pan de Dios, que crió a su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. » Yo que vi al corchete que, alargando la mano, tomó el salero, y dijo : « Caliente está este caldo »; y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo : « Bueno es el avisillo (157) para beber », y se lo echó todo en la boca, comencé a reirme por una parte y rabiarse por otra. Trajeron caldo y el de las ánimas tomó con entrambos manos una escudilla, diciendo : « Dios bendijo la limpieza. » Y alzándola para sorberla, por llevarla a la boca, se le puso en el carrillo, y volcándola, se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. El, que se vió así, fuése a levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa — que era de estas movidizas —, trastornóla, y manchó a los demás : tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada; asíéronse a puños, y estando juntos los dos,

(154) *Supuesto* : Persona de alta posición o suposición.

155. Recuérdese el macabro chiste de antes, en que también se suponía que los pasteleros utilizaban la carne de los ajusticiados.

(156) *Suelo* : La parte inferior del pastel.

(157) *Avisillo* : Excitante para beber.

y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en su juicio, decía que quién había traído a su casa tantos clérigos. Yo, que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí a los dos, y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché a mi tío en la cama, el cual hizo cortesía a un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él más tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté de ellos hasta que vi que dormían. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné a casa a la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba a gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle, y dejé dormir a los demás hasta las once de la noche, que despertaron, y esperezándose, preguntó uno que qué hora era. Respondió el porquero — que aún no la había desollado — que no era nada, sino la siesta, y que hacía grandes bochorros. El demandador, como pudo, dijo que le diesen la cajilla: « Mucho han holgado las ánimas para

tener a su cargo mi sustento », y fuese, en lugar de ir a la puerta, a la ventana, y como vió estrellas, comenzó a llamar a los otros con grandes voces diciendo que el cielo estaba estrellado a mediodía y que había un grande eclipse. Santiguáronse todos, y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas e infamias que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos a todos uno por uno, lo mejor que pude, y acosté a mi tío, que aunque no tenía zorra (158), tenía raposa; y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche, y a la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobralla. Despertó diciendo que estaba molido, y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantóse; tratamos largo en mis cosas, y tuve hartito trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje a que me diese noticia de parte de mi hacienda — aunque no de toda —, y así, me la dió de unos trescientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños y dejádoslos en confianza de una buena mujer, a cuya sombra se hurtaba diez leguas a la redonda. Por no cansar a v. m. digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fué hartito para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que yo me gradua-

(158) Zorra : Borrachera.

ría con éste, y que estudiando podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los (159) tenía: « Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes a quién parecer; dinero llevas, yo no te he de faltar, que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero. » Agradécile mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas a los personajes dichos.

Pasaron la tarde en jugar a la taba mi tío y el porquero y demandador; éste jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y me-

ciéndola con la muñeca, se la tornaban a dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había proveído para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase yo me levanté y me fuí a una posada sin que me sintiese: torné a cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera.

Como he dicho, me fuí a un mesón a esconder y aguardar comodidad para ir a la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscasse, porque eternamente no lo había de ver.

CAPITULO XII

De mi huída y los sucesos en ella hasta la corte.

PARTÍA aquella mañana del mesón un arriero con cargas a la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salíme a aguardarle a la puerta fuera del lugar. Salió y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: « Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates. »

Consideraba yo que iba a la

corte, donde nadie me conocía — que era la cosa que más me consolaba —, y que había de valerme por mi habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso. Pero volvamos a las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

(159) *Los*: Los ducados.

CARTA

« Señor Alonso Ramplón : Tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme de delante a mi buen padre y tener mi madre en Toledo — donde, por lo menos, sé que hará humo —, no me faltaba sino ver hacer en v. m. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo a sus manos y trinchantome, como hace a otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al rey y a Dios. »

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos a mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante (160), con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo : « Irá v. m., señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato. » Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dejaba atrás, dije : « En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque — aunque v. m. vendrá en el que trae detrás con regalo — aquellos vuelcos que da inquie-

tan. » « ¿Cuál coche detrás ? », dijo él muy alborotado; y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta (161) que traía, la cual era tan sola, que trás verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía tapado el rabo de medio ojo, le dije : « Por Dios, señor, que si v. m. no aguarda a sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo también atacado únicamente. » « Si hace v. m. burla — dijo él con las cachondas (162) en la mano —, vaya; porque no entiendo eso de los criados. » Y aclaróseme tanto — en materia de ser pobre —, que me confesó, a media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar a la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Y movido a compasión, me apeé; y como él no podía sacar las calzas, húbeme yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento : por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretela de nalga pura. El, que sintió lo que había visto, como discreto, se previno diciendo : « Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer a v. m. en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos (163). Como de estos hojaldres cubren en el mundo lo que v. m. ha tentado. » Yo le dije que le aseguraba me ha-

(160) *Portante* : El paso ligero de las caballerías.

(161) *Agujeta* : Cinta que tiene dos cabos de metal, que, como aguja, entra por los agujeros.

(162) *Cachondas* : Calzas acuchilladas.

(163) *Conde de Irlos* : Personaje de romance.

bía persuadido a muy diferentes cosas de las que veía. « Pues aún no ha visto nada v. m. — replicó —; que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí v. m. un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo (164) el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de las ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas. ¡ Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es; y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero — que todos estos nombres tenía — se perdió en una fianza; sólo el don (165) me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, hazadón, podón, baldón, bordón y otros así. »

Confieso que, aunque iban mez-

cladas con risas, las calamidades del dicho hidalgo, me enternecieron. Preguntéle cómo se llamaba y adónde iba y a qué. Dijo que todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba a la corte, porque un mayorazgo raído como él, en un pueblo corto olía mal a dos días, y no se podía sustentar; y que por eso se iba a la patria común, adonde caben todos y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; « y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca. » Yo vi el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenían, como él, porque me parecía dificultoso; que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. « Muchos hay de esos, hijo, y muchos de estotros: es la lisonja llave maestra que abre a todas voluntades en tales pueblos. Y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarás de esa duda. »

Fin del libro primero.

(164) *Hijo de algo*: Hidalgo.

(165) Sátira contra el afán de usar *don*, muy frecuente en la época.

¿ QUÉ PIENSA
USTED DE...

La Novela
ESPAÑOLA

Un literato : -

« Les felicito por su españolísima y admirable labor. Veo por ella que la *fortuna* que están Vds. haciendo fuera de España es la de la honra y el gozo de espíritu, de mente y de dignidad, de consagrar a España y a su Emoción eterna todo el pensamiento y todo el trabajo de ustedes. ¡ Esa es su grande y única ambición, su codicia altísima ! Por eso su obra me conmueve... »

*Alfonso Vidal y Planas.
Los Angeles (California)*

Un profesor : -

« ...Je tiens à vous dire combien votre initiative me semble heureuse. La parution de votre collection « La Novela Española » répond à un véritable besoin et les ouvrages dont vous vous occupez ne peuvent qu'intéresser vivement... »

*G. Reynaud,
Professeur d'espagnol
au Lycée de Nîmes (Gard).*

Un lector : -

« Aprovechamos para enviarles un saludo y nuestra felicitación en la modesta pero digna obra que realizan Ustedes en deleitarnos con la lectura española que tanto deseamos seguir cultivando... »

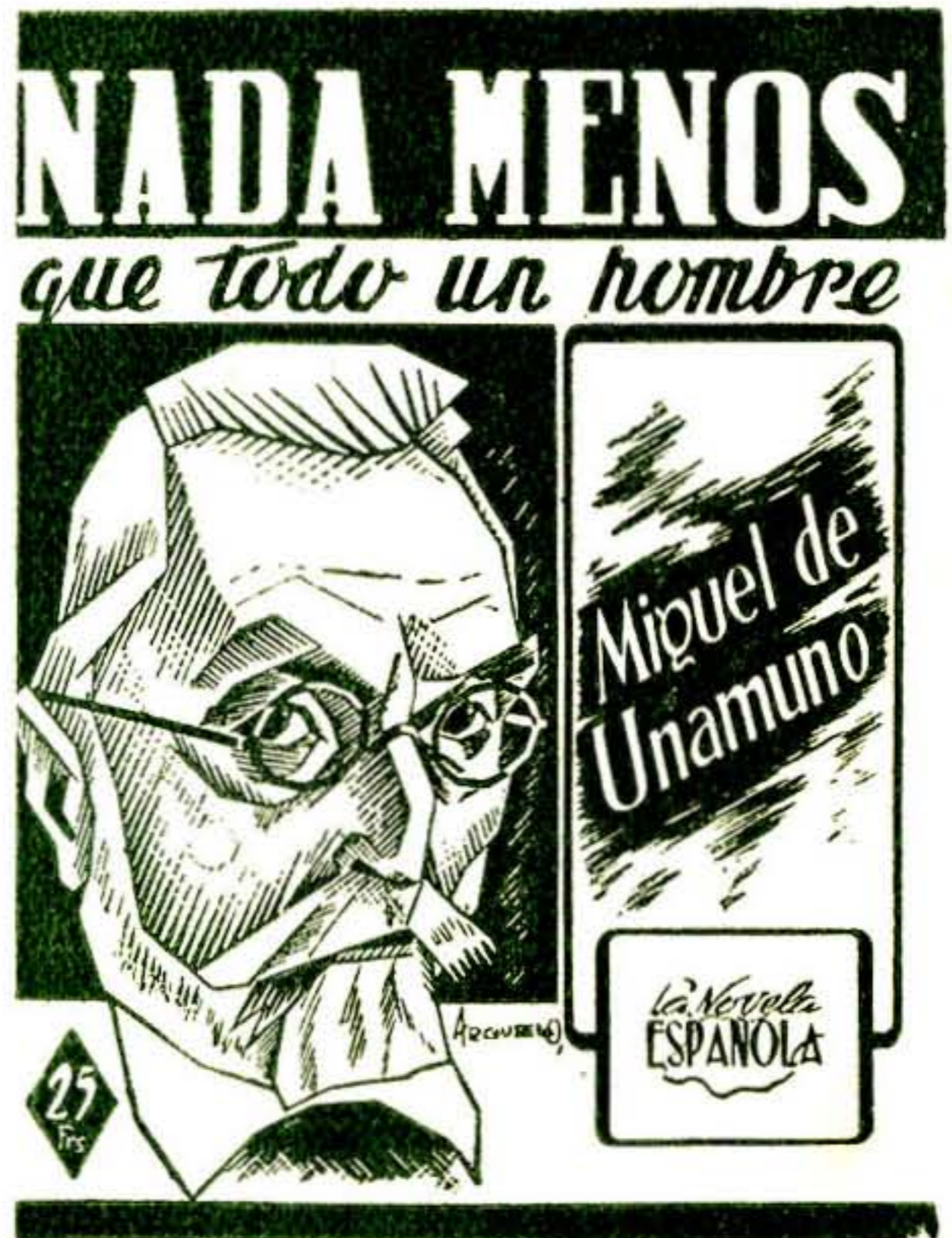
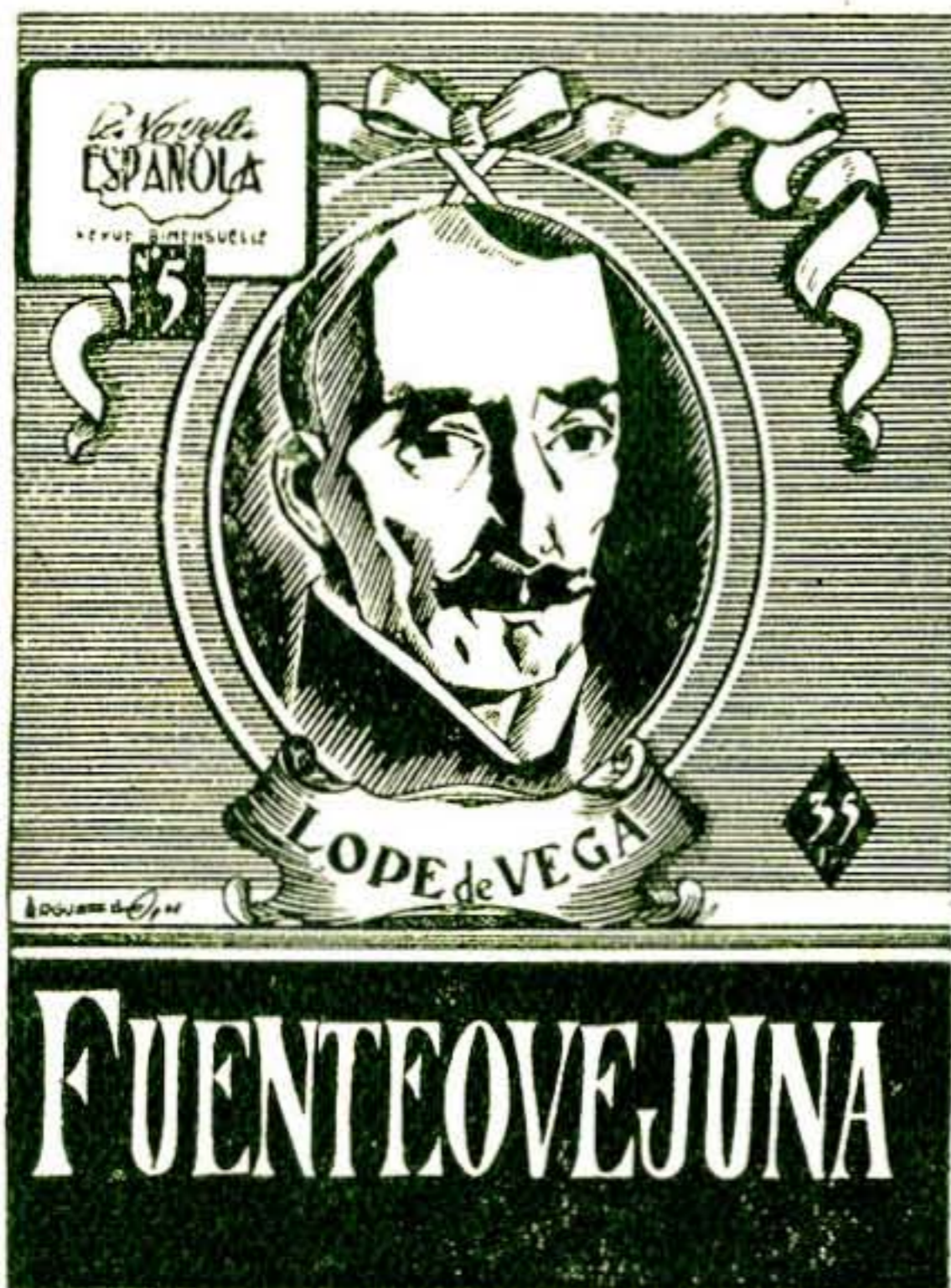
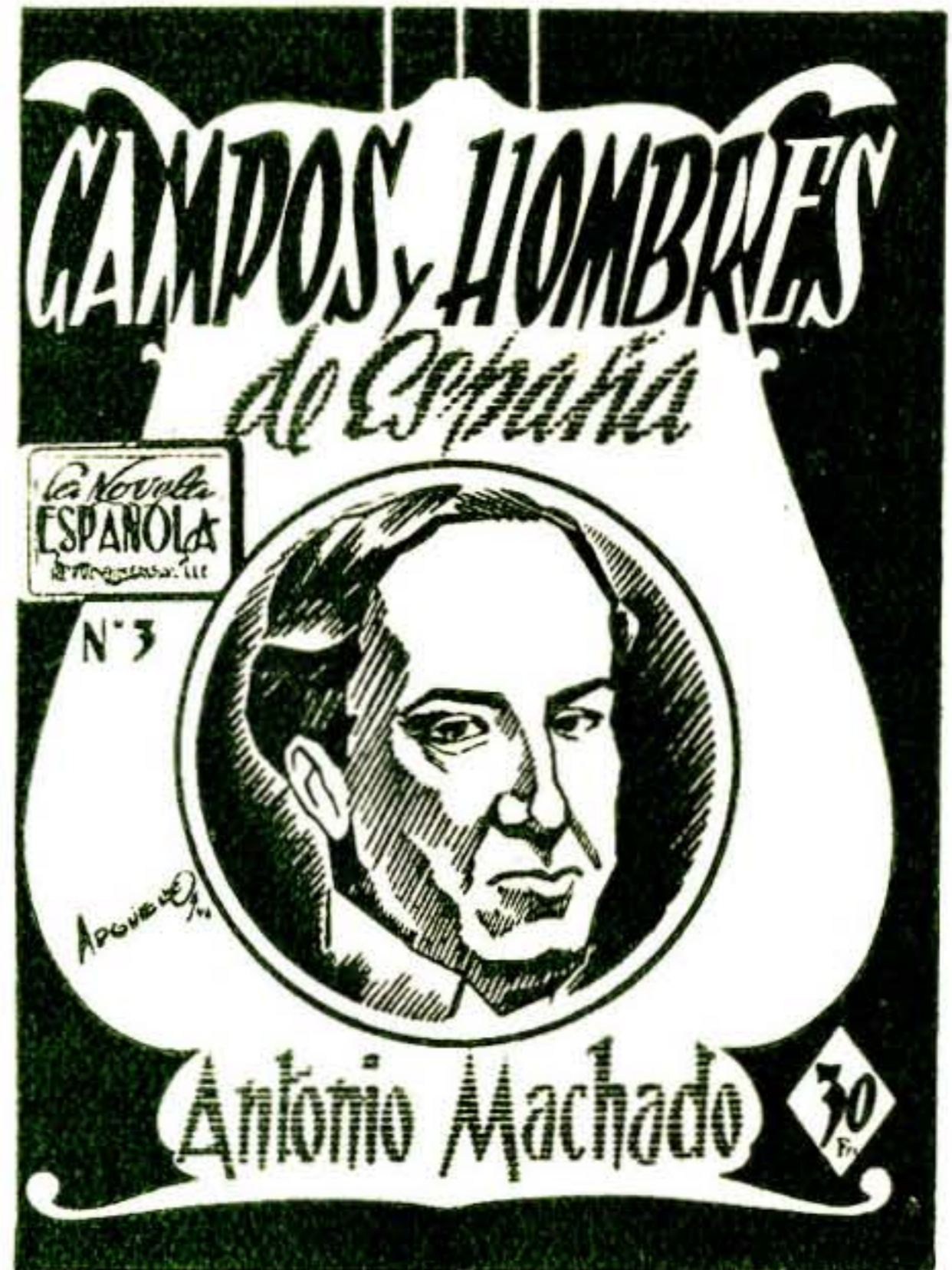
*Filomena de Pizarroso.
Fumel (L-et-G.)*

LOS MAS CÉLEBRES AUTORES ESPAÑOLES

HACEN DE

La Novela ESPAÑOLA

UNA COLECCION DE
ALTO VALOR LITERARIO
PARA TODOS



REVUE LITTÉRAIRE BI-MENSUELLE

Le gérant : Th. SAN JOSÉ

IMPRIMERIE PORTES & SAN JOSÉ, 41, ROUTE D'AGDE, TOULOUSE (HTE-GNE)

IMPRIMÉ EN FRANCE

Dépôt légal 2^e trimestre 1948